

Juventud, familia y posmodernidad: (des)estructuración familiar en la sociedad contemporánea

Rodríguez Salón, Román¹

Resumen

En el siguiente artículo se analiza el status de las generaciones jóvenes en relación con los procesos de socialización y educación en valores morales, entendidos estos últimos como funciones familiares tradicionales. Ante los cambios en la sociedad contemporánea, especialmente con el advenimiento del capitalismo flexible, la moralidad y la familiaridad han sido afectadas de forma severa y requieren transformaciones profundas. Desde una perspectiva teórica, se analiza el status actual de la moralidad, la posición de la juventud, la competencia funcional de la familia con otros agentes de socialización, y las consecuencias de los cambios en la estructura de la familia en el siglo XX. Los aspectos mencionados se discuten en el contexto de lo que se ha llamado *capitalismo flexible*.

Palabras clave: moral, familia, juventud, capitalismo flexible, socialización

1 Abogado egresado de la Universidad de los Andes. Mérida-Venezuela. Profesor titular de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de los Andes (ULA). Magíster en Ciencias Políticas (ULA). Magíster en Administración Pública (Instituto Universitario Ortega y Gasset, Universidad Complutense de Madrid, España). Candidato a Doctor en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid (España). Investigador PPI, Nivel II. Jefe del Grupo de Investigación en Política y Derecho: los Fundamentos de las Instituciones en el Estado Social y Democrático de Derecho y de Justicia (GRIPYDE).

Abstract

YOUTH, FAMILY, AND POSTMODERNITY: HOUSEHOLD DE-STRUCTURING IN CONTEMPORARY SOCIETY

This paper analyzes the status of young generations in relation to the socialization processes and education in moral values, understood as traditional family functions. Considering the changes in the contemporary society, especially with the outcome of the flexible capitalism, the family and morality have been severely affected and they require deep transformations. Since a theoretical perspective, it is analyzed the morality's current status, the position of youth, the functional performance of the family with other socialization agents, and the consequences of the changes in the family structure in the twentieth century. The mentioned aspects are discussed in the context of the so-called flexible capitalism.

Key words: *moral, family, youth, flexible capitalism, socialization*

1. Introducción

La familia representa la estructura social² primigenia, connatural a las formas de organización y funcionamiento de toda sociedad más o menos racional. Esto es, una sociedad con una estructura política, una constitución tradicional de valores morales e instituciones formales de educación. En términos de valores,³ la familia cumple el principal rol socializante al transmitir, de generación en generación, valores y creencias sedimentados por la cultura y las adaptaciones que habitualmente los modifican de alguna manera. La familia, en definitiva:

2 Aquí, estructura social se identifica con las categorías conceptuales de la Escuela Norteamericana de Sociología: "se entiende como el conjunto de roles y normas a través de los cuales las unidades esenciales están conectadas por redes de relaciones sociales en un todo unificado... [donde] la función de toda actividad recurrente... es el papel que dicha actividad representa en la vida social como un todo" (Merton, 1992:95).

3 El valor (y en general, los valores sociales), siguiendo a T. B. Bottomore, "contextualiza y permite la conexión entre las relaciones sociales de forma abstracta, pues quedan abiertas a interpretaciones conocidas como internalización de valores en las cuales, bajadas ya de su status abstracto, los grupos sociales quedan implicados en la sociedad y en los propios valores, reproduciéndolos o transformándolos sea la particularidad de la internalización" (Bottomore, 1967:115).

Es siempre un foco de moralidad, una escuela de devoción, de abnegación, de comunión moral... porque posee ciertas características cuyo privilegio detenta y que no se encuentra en otra parte... la familia no es así, única ni esencialmente un grupo de individuos relacionados [sólo] por consanguineidad. Es un grupo de personas que se encuentran unidas en el seno de la sociedad política por una comunidad más particularmente estrecha de ideas, de sentimientos y de interés. La consanguineidad ha contribuido, ciertamente, a provocar esta comunidad [pero ella es huero factor si no son incluidos] la vecindad material, la comunidad de intereses económicos, la comunidad de culto... [razón por la cual se infiere que es en el quehacer sociológico de la cotidianidad en que se recrea la familia] (Durkheim, 1966:29).

En las sociedades occidentales, hasta bien entrada la modernidad,⁴ la familia constituía el núcleo esencial de producción y consumo de la sociedad. Precisamente, la familia conjugaba, en su organización económica doméstica, dos de los aspectos más relevantes de las formas de decisión individual de cada miembro: utilidad y felicidad: a) Las obligaciones con fines de obtener utilidad y usufructos del trabajo diario eran parte de la planificación familiar y como tales, estaban supeditadas a los “actos de autoridad” del cabeza de familia. Rol que corresponde a un único miembro del grupo “...porque la familia es gobernada por un solo jefe” (Aristóteles, 1969:30); b) La búsqueda de la felicidad, a través de medios domésticos como la frugalidad, permitía la estabilidad de dos subestructuras de creación y socialización de valores: 1) La familia no encontraba en las demás organizaciones sociales, ni siquiera en las corporaciones eclesíásticas de la Edad Media, competidores que pudieran contradecir el contenido de los valores que ella ofrecía. 2) Los planes y proyectos de vida individuales y colectivos se encontraban supeditados a la autoridad del jefe familiar, quien establecía los márgenes de acción a través de formas tradicionales en la asignación y respeto de valores.

En su lucha por derrumbar las falacias, ficciones y esquemas de legitimación de la Edad Media y de la Antigüedad, la modernidad socavó

4 La modernidad es entendida, de modo similar a Weber, como el proceso en que el mundo de la vida queda apresado por las estructuras de racionalización técnica del mundo. “Se refiere a una gavilla de procesos acumulativos que se refuerzan mutuamente: formación de capital y acumulación de recursos, desarrollo de las fuerzas productivas y al incremento de la productividad del trabajo... a las formas de vida urbana y a la educación formal; a la secularización de los valores y normas” (Habermas, 1989:12).

la unificación de aquellos aspectos de la moral y la ética que sostenían las decisiones individuales —utilidad y felicidad— creando en la sociedad civil⁵ una esfera social privada y en la cual la libertad y la felicidad eran encontradas a través de una ética específica: el trabajo productivo capitalista. Desde entonces, la familia ha seguido comportándose como una estructura imprescindible para el mantenimiento de los valores con miras al perfeccionamiento de los procesos de estructuración social, pero ya no en la dirección exclusiva de su propia formulación y reformulación como organización social, sino como instrumento accesorio de los procesos de socialización y fijación de una moral del capital. Esto se debe, fundamentalmente, a que la esfera productiva es el eje en torno al que gira toda posibilidad de felicidad. Tal es una condición central en el modo capitalista de acumulación de capital y a la adaptación de los cálculos de utilidad a recursos tecnológicos de acelerado desarrollo, cuestión que ha conducido a una profunda des-estructuración de los mecanismos llamados a reforzar los vínculos consanguíneos que unifican a las familias en Occidente.

Como consecuencia de lo anterior, el paso de unidad imprescindible a instrumento accesorio de socialización y moralidad genera una des-estructuración tal que las formas de autoridad antes claras y expresables no sólo se ven opacadas y desplazadas, sino también se observan marginadas y contradichas por esquemas de utilidad y programaciones de vida que desean alejarse del vínculo familiar constituido por la autoridad, el ejemplo, la experiencia y la capacidad de planificación del o los jefes de familia. En consecuencia, el desafío es, sin duda (a beneficio de construir un esquema equilibrado de sostenedores estructurales⁶ de la estabilidad y el desarrollo de una generación joven cuyos proyectos de vida son desenvueltos en una infraestructura social líquida, contingente, de riesgo y ambivalente), regenerar los esquemas de socialización y planificación familiar, como mecanismos a partir de los cuales sea

5 En el sentido aquí utilizado, la sociedad civil se entiende como sociedad civil productiva, o esfera privada de producción. La esfera en que “la propiedad de uno ofrece el único lugar seguro y oculto al mundo común público” (Arendt, 1999:76).

6 Los sostenedores estructurales son aquellas connotaciones normativas culturales, que permiten a la sociedad aprehender y poner en funcionamiento, al menos, tres aspectos principales de su constitución: “metas comunes, respeto a las normas de convivencia y comprensión del cambio como inevitable pero gradual” (Merton, 1992:217). El esquema de roles y normas funciona como sostenedor estructural, pues la asignación de metas comunes conlleva a la cooperación y a la realización optativa de los esfuerzos de los miembros de la sociedad, sin que por ello, estos se observen como imposiciones o reglas externas a la acción social.

devuelta la claridad de los valores y sean estos también regenerados, al tiempo que se re-defina la autoridad necesaria para crear y conservar un mínimo de estabilidad en el orden social. El presente discurso pretende analizar tres elementos que intervienen en la estructuración de la familia contemporánea y las consecuencias sociológicas de tal intervención en la situación actual de la población joven; desde una perspectiva teórica: *aislamiento*, *pérdida del sentido funcional* y *autoridad difusa*. Ello antecedido por un análisis de las consecuencias de la liberalización económica en los patrones de moralidad y funcionalidad familiares destinados a la socialización y al fortalecimiento de los caracteres de las generaciones más jóvenes.

2. Liberalización, moralidad y juventud. **Nuevos vínculos de la familiaridad en la** **sociedad contemporánea**

2.1. El status de la moralidad y algunos problemas de las nuevas generaciones

En el año 1992, una universidad de reconocida trayectoria en los Estados Unidos, el *Antioch College*, ratificó un programa legal sobre el comportamiento sexual entre sus miembros, el cual estuvo basado en la *regla del consentimiento expreso de los actos íntimos*: “antes de dar cada paso, debes preguntar... [expresa la legislación] si quieres quitarle la blusa, debes preguntar. Si quieres tocarle los pechos, tienes que preguntar...” (Etzioni, 1999:9). Las consecuencias no se hicieron esperar, los miembros del *Antioch College* protestaron por la medida, y los críticos de la ciudad compraron el inventario de las manifestaciones en contra, haciéndose eco de ellas.

Prontamente se construyeron las líneas maestras de la opinión pública colectiva: ¡se ha perdido la espontaneidad, un proceso guía ahora las relaciones sexuales, cumple el proceso, así lo demanda la ley! Sin embargo, más allá de las críticas al fenecimiento de la espontaneidad y detrás de “la política de ofensa sexual” del *Antioch College* se esconde una realidad que refleja el status general de la moralidad actual que regula las interacciones sexuales entre los miembros de las generaciones más jóvenes de nuestras sociedades:

...[esas medidas] representan un intento casi desesperado de restaurar reglas de conducta en un área [y ello es completa y hasta necesariamente extensible a otras áreas de conducta] que ha sido objeto de gran confusión moral, lo que ha dado lugar a muchos conflictos y abusos. Las normas delataban un déficit mucho mayor que la mera falta de buenas costumbres (especificaciones de valores) relativas a la conducta sexual. Señalaban al mismo tiempo la necesidad de abordar la regeneración de los valores y los compromisos morales, lo que es muy distinto de la imposición de códigos (Etzioni, 1999:13).

Desde tal perspectiva, es posible que el desarrollo de algunas filosofías liberales de la modernidad haya degenerado, contemporáneamente, en procesos de estructuración que debilitan el tejido moral de nuestras sociedades contemporáneas, y dentro de ellas la familia parece directa y negativamente afectada, pues entre sus cambios históricos el modelo de familia nuclear, nacido a mediados del siglo XX, basado en el matrimonio, ha adquirido nuevos niveles de autonomía respecto a las demás agencias de educación de valores sociales, esto en comparación con las familias de la sociedad premoderna.

En términos comparativos, “la moderna organización racional del capitalismo no hubiera sido posible sin la intervención... de la separación de la economía doméstica y la industria” (Weber, 1999:29), con lo cual a la familia correspondían funciones importantes para la organización de la sociedad y la educación de las generaciones más jóvenes en la ética del capitalismo y del orden social estable. Entrados en el siglo XX, las funciones asignadas a la familia fueron definitivamente transformadas en meros instrumentos al servicio de esquemas de organización más complejos, acelerados y menos estables, entrando la familia en competencia desventajosa con medios de comunicación masivos, agencias de propaganda cultural y grupos sociales en forma de red organizada de intereses.

A consecuencia de ello “a finales de los años ochenta, las reglas de conducta, las expectativas y las nociones de lo correcto y lo incorrecto en la conducta..., como en muchas otras áreas, se habían debilitado enormemente. Se extendieron, se desafiaron o se abandonaron muchas costumbres, al tiempo que se impugnaban otras con aspereza” (Etzioni, 1999:14). Esta es la condición sociológica *que preocupa* de la sociedad contemporánea cuyo perfil a nivel individual concluye en el advenimiento del *hombre-masa, concepción media de los sujetos de*

nuestra modernidad: “[...] sujetos múltiples y contradictorios, habitantes de una diversidad de comunidades [...] construidas por una variedad de discursos, precaria y temporalmente suturadas en la intercesión de esas posiciones subjetivas” (Mouffe, 1999:42).

La referida condición sociológica hace más difícil que los miembros de la sociedad contemporánea posean capacidad *suficiente* para reconocerse como sujetos particulares (identidad) y de reconocer a los demás como conciudadanos integrados por reglas de conducta y fines-medios colectivos aceptados por todos (valores sociales). Si al final, como apunta A. Touraine (1997:218), “sólo podemos vivir juntos con nuestras diferencias si mutuamente nos reconocemos como sujetos”, entonces, el desconocimiento, la negación o la contradicción a las reglas de moralidad, representan la disolución de tal posibilidad.

Esta es una condición más acentuada y negativa cuando, observando a las generaciones más jóvenes, se entiende que estos problemas de confusión respecto a los valores sociales que nos permiten vivir juntos a pesar de nuestras diferencias se suman a los problemas de confusión psíquica generados por los cambios de la pubertad, la definición sexual, los programas de estudio y profesión y la rebeldía –autista e inane– que caracteriza a la propia juventud.

Tal parece que ha llegado el momento en que el “...refuerzo de las libertades individuales se convierte en una carga para los actores implicados y socava el orden social que sirve de fundamento final de esas libertades” (Etzioni, 1999:14). *Excesiva liberalidad* es el *sentido* social de nuestras sociedades contemporáneas: el aprendizaje de aquellos valores destinados a mantener cierto orden y estabilidad en los procesos de organización social, en los cuales el papel de la familia es vital, se diluyen en la contingencia del des-valor, esto es, una situación en que la concepción del “bien ya no está en la vertical del mal, ya nada se alinea en abscisas y en coordenadas. Cada partícula sigue su propio movimiento, cada valor, fragmento de valor, brilla por un instante en el cielo de la simulación y después desaparece en el vacío, trazando una línea quebrada que sólo excepcionalmente coincide con la de las restantes partículas. Es el esquema propio de lo fractal, y es el esquema de nuestra cultura” (Baudrillard, 1997:12).

El problema principal es que, a raíz de las dificultades que enfrenta la familia para educar a las generaciones jóvenes en los valores sociales

tradicionales, sobrevienen “marcadas tendencias al conflicto, incluso a la violencia [que se presentan] cuando las convicciones morales compartidas son demasiado escasas... [lo que genera] horror al vacío ético, es decir, una situación en la que todas las opciones tienen el mismo valor y la misma legitimidad, en la que se dispone de direcciones para escoger, pero no de brújula que oriente la elección” (Etzioni, 1999:15).

Así, la familia y la educación de los más jóvenes se ven negativamente afectadas: la autoridad de los padres, otrora valor absoluto y racionalmente justificado de las relaciones entre padres e hijos, no cuenta con la transparencia y la fortaleza suficientes, pues gracias al advenimiento de la sociedad democrática la autoridad del padre requiere justificación expresa (no siempre racional) y puede, por condición de igualdad, ser desafiada por los hijos jóvenes. Sucede de modo similar con los proyectos de vida de los miembros jóvenes de la familia, porque en menos de dos cambios generacionales desde los años sesenta el afán de progreso, de superar el status anticuado de los padres, de romper con los tabús y los mitos (i)racionales han disminuido la capacidad de la familia para recrear una comunidad de valores y programas compartidos de vida a través del esfuerzo cooperativo: la familia sigue existiendo, pero la individualidad es la regla y no la excepción.

Al final, en su convulsionado oleaje, el siglo XX arrastró al naufragio a la familia. Los procesos de organización de la sociedad parecen a-culturizar a sus miembros en dirección a la desafección respecto al seguimiento de los valores sociales tradicionales. Con esto nos encontramos ante el advenimiento de la sociedad de masas, entendiendo que esta tipología de organización social “[...] no requiere cultura, pero si diversión, y la mercadería que ofrece la industria del *loisir* (espectáculo) se consume como cualquier otro bien de consumo” (Bell, 1969:28). La familia no posee capacidad para competir con las nuevas agencias de socialización del consumo ni con sus des-valores o valores fractales (valores sin sentido); en definitiva, la propia organización familiar queda como un reducido núcleo de interacciones cada vez más aislado y más mecánico, cada vez menos comunitario. De esta manera,

Tras haber arrollado a las fuerzas del tradicionalismo, las fuerzas de la modernidad no permanecieron inmóviles, sino que, por el contrario, en la última generación y media (a partir de 1960, aproximadamente), presionaron sin cesar y erosionaron los fundamentos ya muy debilitados de la virtud [comportamiento

correcto] y el orden social en su busca de expansión cada vez mayor de la libertad... algunas sociedades han perdido el equilibrio y soportan la pesada carga de las consecuencias antisociales de la libertad *excesiva* (Etzioni, 1999:17).

Prontamente la marisma llega a la familia y sus consecuencias se reflejan en los cambios profundos sufridos por los procesos de educación y socialización de valores de los miembros más jóvenes de la sociedad. Los padres deben ocuparse de las consecuencias de lo que autores como R. Sennett (1999) describen como el *advenimiento del capitalismo flexible* y las agencias de socialización alternativas parecen cada vez más ajenas a la regeneración del tejido de la moralidad social.

Las soluciones impositivas a los problemas de la regeneración del tejido moral de la sociedad son poco viables y difíciles de aplicar en la sociedad democrática; entonces, ¿qué hacer al respecto? Esa es hoy la interrogante más importante, y mientras tanto la juventud pierde su sentido de existencia, sus programas de vida se convierten en previsiones de muy corto plazo y su comportamiento se acerca a una liberalidad que poco o nada podría ser restringida o controlada por las instituciones políticas y jurídicas contemporáneas, pues

Hoy la sociedad de consumo se ha constituido desde la promesa de la eterna juventud, saturando la industria cultural de sus signos, unos signos expurgados del Mal cuyo designio secreto es asfixiar el poder de los jóvenes. Y ese designio parece haberse cumplido. Nuestros jóvenes pueden estar perdiendo el poder de la reflexión, de la crítica y, por tanto, de la praxis revolucionaria, sustituyéndolos demasiado a menudo por una desobediencia autista, ególatra e inane. La juventud —entendida como categoría que designa una colectividad capaz de desarrollar proyectos con sentido— ya no sería ahora mismo capaz de poner en duda los fundamentos de nuestro sistema de vida (Montesinos, 2007:24).

2.2. Cambios en la estructura familiar: aislamiento, pérdida de sentido funcional y autoridad difusa

El término familiaridad resume el análisis y la práctica de la organización, la funcionalidad, la comunicación social y el status sociológico de la familia en un espacio y tiempo determinado dentro del desarrollo de la sociedad moderna. Desde tal perspectiva, los cambios en la familiaridad tienen consecuencias estructurales en la situación, la

función y la comunicación de la familia, hacia el interior y hacia el entorno social. En las últimas cuatro décadas se han experimentado, al menos, tres cambios trascendentales en la familiaridad (Worsley, 1979:129):

a) La familia se ha convertido en una unidad más aislada, relativamente separada de los parientes en sentido amplio y funcionando como una unidad conyugal o nuclear.

b) La familia ha perdido muchas de sus funciones o bien se ha especializado más en esas funciones [sin la correspondiente efectividad]. Concretando, la familia ha perdido sus funciones centrales de unidad productiva [proyectos de vida económicos comunitarios] en el sistema económico más amplio [empresas familiares, fondos familiares, corporaciones familiares, fines económicos familiares].

c) En su estructura interna, las relaciones dentro de la familia se han hecho más igualitarias, lo mismo entre marido y mujer que entre padres e hijos.

Estas representaban sólo proyecciones teóricas a principios de los años ochenta; sin embargo, junto al advenimiento de la sociedad del riesgo (Luhmann, 1996) y del capitalismo flexible (Sennett, 1999), no sólo las proyecciones se han comprobado, sino que también sus consecuencias se han desplegado en su negativa afección en los procesos de educación y socialización de valores dirigida a los miembros más jóvenes del núcleo familiar. Veremos, pues, tal despliegue.

2.2.1. Consecuencias del aislamiento. La familia nuclear se caracteriza por la reducción abrupta del número de sus miembros. Resulta difícil encontrar comunidades familiares de más de cinco miembros. “Los matrimonios pueden vivir cerca de los padres de uno u otro cónyuges o cerca de sus hijos” (Worsley, 1979:130) pero los lazos comunitarios son débiles y generalmente vencidos por la falta de tiempo para los encuentros fortuitos. En comparación, las familias amplias proveían de mayores fuentes de ejemplo, experiencia, autoridad y corrección de las generaciones jóvenes del núcleo familiar, era un trabajo de conjunto donde la capacidad de asignar roles, determinar sanciones y premiaciones por parte de abuelos, tíos, padres y hermanos mayores era similar. Con la reducción de los miembros sólo los padres tienen capacidad de ejercicio de esta capacidad, lo que, con las

nuevas obligaciones del capitalismo flexible han generado una pérdida de la autoridad familiar y una pérdida del sentido de la educación y socialización de valores de moralidad y eticidad.

En la actualidad, la expresión “capitalismo flexible” describe un sistema que es algo más que una mera variación sobre un viejo tema. El acento se pone en la flexibilidad y se atacan las formas rígidas de la burocracia y los males de la rutina ciega... [el problema principal es que quedan desplazadas aquellas formas de] búsqueda de objetivos a largo plazo... y la práctica de postergar la gratificación en función de un objetivo futuro [lo que da sensación de que] ... al atacar la burocracia rígida y hacer hincapié en el riesgo se afirma que la flexibilidad da a la gente más libertad para moldear su vida [pero en realidad es todo lo contrario] (Sennett, 1999:9-10).

Esto trae como consecuencia que los padres se vean empujados, para cumplir con las exigencias materiales del hogar, a encontrar “nuevas maneras de organizar el tiempo, y en especial el tiempo de trabajo” (Sennett, 1999:20). Por consiguiente, la propia estructura capitalista ofrece mecanismos fáciles y accesibles que giran en torno a la instantaneidad; sin embargo, esto no ha traído consigo la dedicación del tiempo productivo aprovechable por los padres de familia para reforzar los lazos consanguíneos con miras a que, en la comunicación privada no mediada con sus hijos, mientras se cocina o se dispone la mesa, se vean reforzadas las solidaridades, los valores y el conjunto de premiaciones-sanciones entre los miembros de la estructura familiar interna; muy por el contrario, dada la flexibilización de los sistemas de producción-empleo, las preocupaciones, incluso las propias de la unidad familiar y las preocupaciones de la propia subsistencia como miembros útiles de la sociedad civil se trasladan desde la estructura familiar al ámbito de la producción. El ahorro del tiempo útil generado por la instantaneidad tiene una función contradictoria a la capacidad familiar para crear conciencia y valores a partir del compartir entre padres e hijos.

Debido a tales cambios, los padres deben ocuparse más de su trabajo, lo llevan a casa, tienen varios empleos, pasan más tiempo en la oficina, el resguardo espiritual del hogar se ve así sacrificado. Con un número reducido de miembros, la colaboración no es una opción, la instantaneidad sí. Prontamente las generaciones jóvenes son educadas en la instantaneidad, amistades, relaciones, compromisos, obligaciones, sanciones y gratificaciones deben ser instantáneas. Las gratificaciones

a largo plazo son contradichas, las programaciones de estudio también, y la irreverencia de la juventud se enfrenta a todo, ¡porque todo surge como de la nada!

2.2.2. Consecuencias de la pérdida de funciones. A mediados del siglo XX, la sociología proveía a la familia dos funciones principales, “la socialización del niño pequeño (llamada a menudo socialización primaria), y la estabilización de las personalidades adultas” (Worsley, 1979:131). Es decir, el cumplimiento efectivo de estas funciones parte del presupuesto de un tiempo suficiente de dedicación, interacción y comunicación entre padres e hijos, más allá del número de los miembros del grupo familiar. Sin embargo, ya no es un secreto que esa suficiencia de tiempo es inexistente, con las consecuencias de

...una generación que, al final, escapa a la mirada adulta, que ya no se preocupa por llegar a ser adulta, una adolescencia sin fin y sin finalidad, que se independiza sin consideración hacia el Otro, para sí misma, y eventualmente se vuelve con violencia contra el Otro, contra el adulto del que ya no se siente descendiente ni solidaria. ... El niño entra así en anomia, en un estado de desocialización orgánica. ... El ritmo actual, el de la inmediatez y la aceleración del tiempo real, va exactamente en contra del engendramiento, de la gestación, del tiempo de procreación y de crianza, de esa larga duración que es, en general, la de la infancia humana (Baudrillard citado en Montesinos, 2007:96).

Paralelamente a la inexistencia de tiempo suficiente para dedicar a la socialización y educación en valores de los hijos, el capitalismo flexible ha generado una ardua competencia entre agencias por la autoridad de los procesos de socialización de las generaciones jóvenes; competencia en la cual los jefes de familia han quedado desplazados aunque, cabe aclarar, no al extremo de ser totalmente marginados.

La irrupción de nuevas agencias de socialización es parte de las fórmulas instantáneas de solución a los problemas del capitalismo flexible. El aumento exponencial de guarderías, casas hogar, la disminución de la edad para la educación formal, el gran número de contratos entre niñeras y empleadores, la pendiente vertical del aumento de los divorcios, reflejan la pérdida de las funciones básicas de la familia. Las agencias de socialización de la industria cultural, las empresas para el cuidado de niños y la educación formal, se han diseñado para asumir las funciones de socialización primaria de la familia, y en esto las generaciones jóvenes

quedan desplazadas de los proyectos de vida comunitarios familiares y de la propia autoridad de los jefes de familia.

Desde tal perspectiva, en cuanto a la socialización de valores y a la educación familiar, “si la familia cumple unas funciones en la sociedad de la que forma parte, las cumple indirectamente... y posee un cierto grado de margen en el cumplimiento de esas funciones” (Worsley, 1979:133). El problema principal es que tal margen es asignado por las agencias externas y no por la familia, pues difícilmente ante las nuevas condiciones del mercado los padres tienen posibilidad de decidir entre dedicar tiempo a su “trabajo” o dedicar tiempo a su familia. Pero, además, estas agencias son estructuradas con contenidos de flexibilidad, es decir, tampoco poseen metas a largo plazo, no tienen valores superiores, no cuidan las tradiciones, no impulsan relaciones sociales más allá de la instantaneidad, son simplemente agencias de formación de vínculos y personalidades débiles en la sociedad. Con lo cual, las consecuencias no se hacen esperar:

¿Qué pasa con el ejército de psicólogos, pedagogos y asesores familiares de todo tipo, además de la escuela universalizada y el trabajo de las guarderías? Quizá sean la prueba de que las familias han optado por delegar incluso las funciones educativas más primarias que durante siglos asumieron sin dudarlos. De ahí la impotencia de los educadores, que se encuentran frecuentemente en las aulas con el *enfant sauvage*, un niño a veces bien vestido y peinado –incluso caprichosamente vestido y peinado– pero que no sabe hablar, es un analfabeto funcional, sólo come patatas fritas y chocolatinas y llora y grita como un energúmeno cuando le contrarían lo más mínimo. Y no me refiero a niños recién destetados. No sabiendo socializar a sus pequeños, los padres tienden a echar la culpa del fracaso a aquellos a los que antes sólo cargaban con la función de educar –los maestros–, desbordados ahora por la función añadida, y mucho más urgente de la socialización básica. La familia es culpable de esto, sin duda, pero no por ser familia, sino por no estar dispuesta a serlo (Montesinos, 2007:106-107).

Lo anterior expresa con mayor claridad la pérdida de funciones respecto a la socialización del niño y a la estabilización de las personalidades adultas; es la propia actitud de los padres que, en algunas sociedades, evidencian su incapacidad para cumplir tales funciones:

Cuanto menos padres quieren ser los padres, más paternalista se exige que sea el Estado. Hace unos meses los medios de comunicación españoles se ocuparon de esas discotecas que abren noche y día ininterrumpidamente, permitiendo a los adolescentes fines de semanas de tres días sin salir de ellas, viajando de unas a otras en un estado de sobriedad cada vez más deteriorado que se salda con frecuentes accidentes mortales de carretera, pérdida de concentración en los estudios, etc. Los padres, reconociendo que ellos no podían ser guardianes de sus hijos, exigían de Papá Estado que cerrase estos establecimientos tentadores o al menos controlara policialmente con mayor rigor a quienes utilizan vehículos de motor para ir de unos sitios a otros. No sé si estas medidas de vigilancia serán oportunas, pero sorprende en todo caso la facilidad con que esos progenitores daban por supuesto que, como ellos eran incapaces de hacerse cargo de sus hijos, el Ministerio del Interior tenía que controlar a los de todos los españoles (Savater citado en Montesinos, 2007:107).

2.2.3. Consecuencias de la igualdad excesiva. Según Worsley (1979:135), en un lapso de 60 años,

La proporción de mujeres casadas que desempeñan [en Europa] un trabajo remunerado ha pasado del 10% en 1911 al 42% en 1971 [y según esta proyección para finales del siglo XX más del 80% de las mujeres casadas cumplen con un trabajo remunerado. Como consecuencia], la mujer se ha convertido en un partenaire más igual a la hora de tomar decisiones, en el disfrute del sexo y en el control de los recursos domésticos. De forma similar el marido ha desempeñado un papel más importante en las tareas domésticas asociada a la casa y los niños [de modo similar] la crianza de los niños es más permisiva... no se espera de ellos solamente que "vean y callen"... la estructura patriarcal tradicional ha sido erosionada... en parte porque la autoridad que deriva del control de los recursos económicos se ha perdido en una economía urbana".

Junto a la pérdida de tiempo aprovechable para el reforzamiento de los vínculos familiares y a la subsidiaridad de las funciones de la familia respecto a los procesos de socialización y educación de valores, las formas de autoridad de los padres y las madres, enfrentadas en esta lucha por la igualdad de géneros y por la igualdad de padres e hijos se diluye en la confusión y en las consecuencias de la disputa por la propia igualdad. Las diferencias de experiencia entre padres e hijos son

superadas por una igualdad de acceso a nuevas fuentes de información, especialmente las tecnológicas, merced a las cuales hoy es fácil saber lo que los padres aprendieron a lo largo de toda su vida, pero no es fácil enfrentar los problemas de la vida misma, pues esto sólo es posible tras la experiencia de vivirla, de lo cual, toda generación joven carece. Sin embargo, la superación de estas diferencias no es razón suficiente para que los padres, ya con una autoridad difusa por la pérdida de su conexión con la familia y con sus funciones básicas, resulten impedidos de ejercer su capacidad –potencial– de asignación de valores de forma autoritativa. Cuestión distinta es si esa capacidad potencial puede convertirse, en el contexto de las estructuras de socialización del capitalismo flexible, en una asignación efectiva de valores y tradiciones.

En la disputa por la igualdad de géneros, las mujeres pretenden convertir en hombres a los niños y viceversa, los padres pretenden enseñar a las niñas a ser mujeres. Sin la experiencia adecuada, la templanza de la sexualidad se disuelve, resulta difícil enseñar a alguien “algo” desde una personalidad que por constitución está alejada de ese “algo”. Los problemas de la identificación sexual, hasta hace poco un completo tabú, pasan por el tamiz de las consecuencias de la igualdad de los géneros, la pérdida de la autoridad en la familia es su máxima expresión y su reflejo es la disminución de la capacidad de modelar los caracteres de los miembros adultos de la familia.

3. Consideraciones finales

Al trasluz de las afirmaciones señaladas en líneas anteriores, se exponen tres consideraciones finales, con la pretensión de analizarlas por separado en una próxima oportunidad.

En primer lugar, el desafío más importante respecto a la relación entre familia y educación en valores de las generaciones jóvenes es, sin duda, la regeneración del tejido de los valores sociales de moralidad y eticidad a través de una profunda reconstrucción del paradigma de la familia y de su estructura funcional. El paradigma tradicional de la familia, constituido por la capacidad *asignativa* de valores desde la autoridad de los padres, donde los refuerzos a los vínculos consanguíneos se desarrollan a través del tiempo compartido, representa una imposibilidad de realización en el contexto de un capitalismo flexible.

En segundo lugar, el cambio de paradigma no puede ser impositivo, y las fórmulas político-jurídicas de reforzamiento de la moralidad deben entenderse en su justa proporción, porque en lo que respecta a la moralidad social es posible abordar y debatir sobre la necesidad de regenerar los valores y los compromisos morales, pero resulta improbable el éxito si lo que se pretende es imponer tal regeneración mediante códigos que, defendiendo el status actual de la sociedad, pretendan someter a las generaciones jóvenes a un mero proceso de imposición legislativo-punitiva. Pretenderlo de este modo implicaría, además y sobre todo, una crisis en el manejo de la crisis.

En tercer lugar, hoy más que nunca, se plantea la interrogante sobre ¿si la libertad ha de tener límites?, porque al final de cuentas, ninguna libertad puede sobrevivir aislada, ella es desplegada en la sociedad y pertenece a su imaginario constitutivo. La sociedad es para la libertad la esfera de su desarrollo, pero si esa libertad convertida en liberalidad excesiva va contra los procesos de estructuración de la sociedad, se convierte en anarquía, la sociedad desaparece y la esfera del desarrollo de la libertad con ella. Cuestión distinta y (poco) más complicada, aunque estrechamente relacionada con ésta, es la de cómo, cuándo y por qué de los *límites de la libertad*.

Nuestras generaciones jóvenes deben producir una ética propia del trabajo, un sistema de moralidad ajustado a sus necesidades, pero esto se debe realizar al trasluz de la sobrevivencia de la sociedad, porque ella soporta cambios, pero sólo progresivos. Las revoluciones de las generaciones jóvenes adolecen de dos problemas principales: la falta de brújula en su conciencia y la falta de experiencia para controlar las fuerzas desatadas; cual aprendiz de brujo, se espera que los pactos con figuras malignas sean desplazados por la virtud del esfuerzo y el perfeccionamiento de las capacidades de cada uno de los miembros de las generaciones jóvenes del presente.

Bibliografía

- ARENDRT, H. (1999). *La condición humana*. Paidós, Barcelona.
- ARISTÓTELES (1969). *La Política*. Austral, Madrid.
- BAUDRILLARD, J. (1997). *La Transparencia del Mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*. Anagrama, Barcelona.
- BELL, D. (1969). *Modernidad y sociedad de masas: variedad de las experiencias culturales*. En: Bell, D. et al, *Industria cultural y sociedad de masas*. Caracas. Venezuela, pp. 11-64.
- BOTTOMORE, T. B. (1967). *Introducción a la Sociología*. Península, Barcelona.
- DURKHEIM, E. (1966). *Lecciones de Sociología. Física de las costumbres y del derecho*. Buenos Aires, Schapire.
- ETZIONI, A. (1999). *La nueva regla de oro. Comunidad y moralidad en una sociedad democrática*. Paidós, Barcelona.
- HABERMAS, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Taurus, Buenos Aires.
- LUHMANN, N. (1996). El futuro como riesgo. En: A. Giddens, et al, *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona, Anthropos, pp. 155-172.
- MERTON, R. (1992). *Teoría y estructuras sociales*. Fondo de Cultura Económica, México.
- MONTESINOS, D. (2007). *La juventud domesticada. Cómo la cultura juvenil se convirtió en simulacro*. Editorial Popular, Madrid.
- MOUFFE, C. (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Paidós, Barcelona.
- SENNETT, R. (1999). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama, Barcelona.
- TOURAINE, A. (1997). *¿Podemos vivir juntos? Iguales y diferentes*. PPC Editorial, Madrid.
- WEBER, M. (1999). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Albor, Madrid.
- WORSLEY, P. (1979). *Introducción a la Sociología*. Ediciones Del Castillo, Madrid.